

Entre vista inédita a *Prebisch: logros y* deficiencias de la CEPAL

David Pollock, Daniel Kerner
y Joseph L. Love*

Introducción

En este número de la *Revista de la CEPAL* se rinde homenaje a la influencia perdurable que han tenido las ideas y políticas de Raúl Prebisch sobre el desarrollo de América Latina y del tercer mundo en general. Las tesis del intercambio desigual que propugnaba Prebisch y su concepto de la economía mundial organizada sobre la base de una relación entre un centro y una periferia, por controvertidos que fueran, le merecieron un lugar reconocido en la historia del pensamiento económico. A través de la CEPAL y luego de la UNCTAD las ideas de Prebisch afectaron a los gobiernos e instituciones de toda América Latina y de todo el mundo. Los orígenes teóricos y la evolución del pensamiento de Prebisch han sido analizados extensamente por economistas e historiadores.¹ En cambio, no se ha discutido casi nada cómo Prebisch formó a su equipo ni cómo difundió sus tesis en la región y en el plano internacional. La siguiente entrevista fue concedida por Prebisch

a David Pollock, su asistente y amigo de mucho tiempo, y viene a colmar ese vacío. En esta conversación, Prebisch pasa revista a algunos de los momentos más importantes de su vida y de la CEPAL. El material abarca el período 1948-1963, desde el ingreso de Prebisch a la organización hasta los albores del decenio de 1960, cuando dejó la CEPAL para convertirse en el primer Director General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD).

En esta entrevista, Prebisch habla sobre la política así como los aspectos personales de su ingreso a la CEPAL y nos cuenta cómo escribió el “manifiesto” de esa institución, *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (1949). También se analiza en esta entrevista el papel de Prebisch en el campo internacional. Por ejemplo, explica el papel que le tocó cumplir en la creación de la Alianza para el Progreso en 1961, aclarando que, aunque tuvo parte en las discusiones, no fue el autor original del programa. Sus relaciones con el gobierno de los Estados Unidos, la Organización de los Estados Americanos y los organismos firmantes del acuerdo de Bretton Woods (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) también merecen su atención. La pasión de Prebisch por hacer avanzar la integración económica de América Latina y su opinión franca sobre el éxito que tuvo esa iniciativa también se destacan en la entrevista.

Al lector podrá sorprenderle la franqueza con que expresaba sus opiniones Prebisch, famoso por su

* **D. Pollock:** Ex funcionario de la CEPAL y la UNCTAD (dpollock@ccs.carleton.ca). **D. Kerner:** Programa de Historia para Graduados, Departamento de Historia, Universidad de Illinois en Urbana-Champaign (kerner@uiuc.edu). **J.L. Love:** Profesor de Historia, Departamento de Historia, Universidad de Illinois en Urbana-Champaign (j-love@uiuc.edu).

¹ Véase, por ejemplo, el ensayo bibliográfico de Love “Economic ideas and ideologies in Latin America since 1930”, en L. Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994, vol. 6, parte 1, pp. 595-601.

discreción y habilidad diplomática. Además, describe la personalidad de los primeros funcionarios que formaban el equipo de la CEPAL, así como de los dirigentes de los organismos estadounidenses e internacionales. Se tiene así una clara visión del estilo de liderazgo que caracterizaba a Prebisch, y de las posibilidades y limitaciones políticas a que hacía frente la CEPAL en una región sometida a la enorme influencia de los Estados Unidos.

La siguiente entrevista fue realizada por David Pollock en Washington D.C., en mayo de 1985, un año antes de la muerte de Prebisch. Pollock, de nacionalidad canadiense, fue asistente de Prebisch y su íntimo colaborador tanto en la CEPAL como en la UNCTAD y conocía a su entrevistado a fondo, así como los problemas a que Prebisch hacía frente y el medio en que se movía. Pollock ocupó cargos importantes en la CEPAL entre 1950 y 1963 (en Santiago de Chile, Ciudad de México y Washington) y se trasladó con Prebisch a la UNCTAD en ese último año, permaneciendo en la organización hasta 1967. Más tarde, Pollock fue Jefe de la Oficina de la CEPAL en Washington. Hacía mucho tiempo que tenía la intención de registrar las reminiscencias de Prebisch, pero no había encontrado la oportunidad sino cuando Prebisch, por someterse a una operación de ojos en Washington, tuvo que guardar reposo algún tiempo. En esa oportunidad, invitó a Pollock a que lo entrevistara en extenso. Pollock grabó doce horas de conversación de las cuales este material es un extracto.

Las páginas siguientes reflejan con fidelidad el diálogo de Raúl Prebisch y su interlocutor, David Pollock. La conversación fue editada por Joseph L. Love y Daniel Kerner para eliminar digresiones y repeticiones, sin indicar las elipsis para no dificultar la lectura. Se han intercalado algunas pocas palabras y frases para dar fluidez al texto, las que se han colocado en paréntesis cuadrados. Se han agregado notas de pie de página para identificar a personas e instituciones mencionadas en la entrevista.

Entrevista

David Pollock. *¿Qué lo trajo a la CEPAL en 1948?*

Raúl Prebisch. Leí en el periódico que en una reunión de las Naciones Unidas se había creado la Comisión Económica para América Latina. Lo leí con indiferencia. Sin embargo, unos pocos días después, miembros de la delegación francesa ante las Naciones Unidas se me acercaron en Buenos Aires para indicarme que el Gobierno de Francia vería con agrado que yo me presentara como candidato [para el puesto de Secretario

Ejecutivo] en las Naciones Unidas. Después de haber sido director del Banco Central de la Argentina, a mí me parecía un descenso.² No me quisieron explicar qué es lo que significaba “Secretario Ejecutivo”. Para mí que se trataba solamente de preparar informes de reuniones y cosas parecidas. De manera que no me interesó. Más bien me atraía la idea de lo que me había ofrecido el presidente de la Academia de Ciencias Económicas de Buenos Aires, que era la de comenzar una revista. Entonces, unas pocas semanas después, me llamó Benjamín Cohen. Era un chileno distinguido que había conocido en las reuniones de estudiantes en Buenos Aires. Era, en esa época, Subsecretario de Información Pública, y me dijo: “Me envía Trygve Lie³ para ofrecerle formalmente el cargo de Secretario Ejecutivo de la CEPAL”.

Por esa época, yo todavía tenía la ilusión de seguir siendo un profesor en la Universidad de Buenos Aires. El sueldo era poco, pero había reducido mi nivel de vida para poder vivir con él. Había vendido mi Cadillac y arrendado mi casa en la Barranca de San Isidro. Adelita⁴ estaba dispuesta a acompañarme en este tipo de vida. Había decidido dedicar algunos años a la investigación, de manera que le dije a Benjamín “no me tienta”. Por otra parte, había visto cómo trabajaba la Liga de las Naciones siendo yo joven consultor de la Conferencia Económica Mundial de 1933, y había visto cómo nosotros —los de los países en desarrollo— no teníamos nada que decir en ese ambiente. Estábamos marginados. Así, le dije por teléfono, “no me interesa. Estoy muy agradecido, pero no me interesa. Por otro lado, mañana me voy a Venezuela porque el ministro de Hacienda de allí, a quien no conozco, me ha propuesto escribir un informe sobre dos proyectos de ley, sobre reforma del Banco Central y de las leyes bancarias”. “Bien”, contestó, “soy amigo íntimo de Pérez Guerrero, el ministro. Iré a Venezuela, y trataré de persuadirlo para que acepte”. Yo le dije “Benjamín, estás perdiendo el tiempo. Mi decisión es firme”. Bueno, fui a Venezuela e hice lo que tenía que hacer. Sea como fuere, cuando [Gustavo] Martínez Cabañas fue nombrado [primer Secretario Ejecutivo de la CEPAL] él y [Eugenio] Castillo, un cubano que en esa época era el tercer hombre de la CEPAL, fueron a Buenos Aires a pedirme que fuera unos pocos meses a Santiago para escribir la In-

² Prebisch fue Director General del Banco Central de la República Argentina entre 1935 y 1943.

³ Trygve Halvdan Lie (1896-1968), noruego, primer Secretario General de las Naciones Unidas (1946 a 1952).

⁴ Adelita Prebisch, *née* Moll.

troducción al primer *Estudio económico de América Latina*. Acepté por dos razones: primero porque me dije “vamos a probar”, segundo porque coincidía con una resolución de la Universidad de Buenos Aires de despedirme como profesor. Yo no era hombre para mirar con simpatía a unos grupos muy nacionalistas que estaban tratando de ganarse un espacio.

D.P. De manera que la consultoría llegó justo a tiempo.

R.P. Y fui a Santiago. Yo nunca había vivido en Santiago. Había pasado una noche ahí camino a México. Me impresionó esta simpática ciudad, con su hermosa vista de las montañas, lo acogedor de su pueblo, el agua que corría en las calles, el agradable ambiente.

D.P. Y el buen vino.

R.P. El buen vino. Y por último, pero en primerísimo lugar, Louis Swenson. Louis, como usted bien sabe, era un hombre que inspiraba simpatía.

D.P. Sí.

R.P. Y solíamos hablar y caminar, y empecé a pensar sobre la naturaleza de esta Introducción. Como me suele suceder, estuve sentado varios días sin tomar ninguna nota. Esto me ayuda a hablar sin notas, por la secuencia de las ideas, y durante todo el mes no escribí ni una sola palabra (risas). Castillo me visitaba diciendo “Raúl, ¿cómo va esa escritura?”. “Nada todavía, nada todavía”, contestaba yo. Y Louis me decía “Raúl, ¿sabes que te han asignado dos niñas que son excelentes mecanógrafas y que pueden tomar dictado?”. Yo no dicto las cosas importantes, usted sabe, y me di cuenta de lo preocupados que estaban. Probablemente se decían “este hombre es un fracaso”.

D.P. Plata perdida.

R.P. Es un buen funcionario de Banco Central [—quizás pensaban—], pero necesitamos este informe. Por último decidí comenzar a escribir, y en tres o cuatro días escribí toda la Introducción del primer *Estudio económico*. Expresaba nuestra opinión sobre los problemas de ese entonces, tanto internacionales como latinoamericanos, y la estrecha correspondencia que había entre ellos. Lo escrito era el resultado de mis lecturas y reflexiones de unos tres, cuatro o cinco años de meditación. Enviaron la Introducción a la Sede de Nueva York. Firmé el informe. Nadie me había dicho que no debía firmar. Unos pocos días después, Nueva York me envió el cable más largo que jamás había visto en mi vida y que, lamentablemente, no está ni en

Nueva York ni en Santiago (por reglamento esas cosas se destruyen después de 30 años). Es una lástima, porque en ese cable formulaban una serie de consideraciones que terminaban de la forma siguiente: “El informe es un documento de gran contenido. Pero habla del desarrollo, la industrialización, la relación de precios del intercambio y muchos otros asuntos que no competen a la CEPAL. La CEPAL no tiene un mandato para abordar esos problemas. Sin embargo, como el documento es un documento serio y responsable, le sugerimos [a Martínez Cabañas] que lo presente como una Introducción firmada por el autor de manera de atribuirle la responsabilidad a él y no a la organización.” Recuerdo que Martínez Cabañas me vino a ver muy preocupado, creyendo que me iba a enfurecer. Yo le dije: “Gustavo, nunca supuse que no firmaría el documento. Puse en él mis ideas personales. No he diluido esas ideas. Por lo tanto estoy plenamente de acuerdo”. Créame que la acogida que tuvo el documento en la Conferencia de la CEPAL en La Habana por parte de los países latinoamericanos fue simplemente increíble. Elogios por todas partes. Por otro lado, hubo también reacciones convencionales por parte de los Estados Unidos, igual que de parte del Reino Unido, un poco mejor de Francia.

David Owen, a quien conocí en La Habana, se impresionó tanto que se me acercó antes del final de la Conferencia y me dijo: “Raúl, ya no puedo ofrecerle el puesto de Secretario Ejecutivo porque lo tiene Martínez Cabañas. Pero puedo nombrarlo Director de Investigaciones con un sueldo de consultor equivalente al de él y con plena independencia intelectual.” Yo le respondí: “David, ¿está dispuesto a aceptar tres condiciones? Primero, ¿qué significa la independencia intelectual para mí? No recibir instrucciones ni de la Sede ni de Cabañas sobre las ideas que ponga en el papel. Debo asumir mi propia responsabilidad. Creo que ahora, que ya no soy un consultor, sino un hombre integrado al cuerpo de la CEPAL, debo seguir ciertas reglas. Con un sentido de la responsabilidad, pero al mismo tiempo con la posibilidad de plantear problemas que los países desarrollados no recibirán con agrado”. Me contestó: “Raúl, eso es lo que queremos en las Naciones Unidas, abrir nuevos derroteros”. “En segundo lugar”, le dije, “creo que debe aprobar los nombramientos que me gustaría hacer. Que todo nombramiento sea resultado de una propuesta mía. Puede aprobar o rechazar pero tiene que ser propuesta mía. Porque se trata de mi campo, conozco a la gente. Conozco los requisitos, y si usted actúa a distancia cometeremos muchos disparates. En tercer lugar, quiero libertad para

viajar. No tener que pedir permiso. Déme cierta suma y la usaré con mi mejor criterio”. “Acepto sus condiciones”, dijo él. Estas fueron las bases de mi incorporación como funcionario de planta.

D.P. ¿Cómo llegó a ser Secretario Ejecutivo tan rápidamente?

R.P. Bueno, era evidente que la situación tal como estaba no podía sostenerse por mucho tiempo. Martínez Cabañas era un tipo estupendo. Pero era un hombre joven que nunca antes había tenido ese tipo de responsabilidad. Teníamos buenas relaciones personales. Pero todo el mundo sabía que la autoridad real era mía. Entonces, en un viaje que hice a Lake Success,⁵ David Owen me dijo: “Vamos a crear un nuevo organismo de asistencia técnica en las Naciones Unidas. El Secretario General le ofrece a usted este cargo, o el de Secretario Ejecutivo de la CEPAL, en cuyo caso acomodaríamos a Martínez Cabañas en la nueva organización. ¿Cuál prefiere usted?”. Yo le contesté: “Dígale a Trygve Lie que aceptaré lo que él quiera. Si quiere que me vaya a Nueva York, a esta nueva institución, iré. Si quiere que me quede en la CEPAL como Secretario Ejecutivo, aceptaré, porque me gusta esta organización y comprendo ahora los problemas y desafíos que se le presentan como no los apreciaba antes”. Esa tarde me dijo: “Trygve Lie dice que usted debe ser el Secretario Ejecutivo”.

D.P. ¿Por qué reorganizó la CEPAL como lo hizo? La División de Desarrollo resultó muy grande y poderosa.

R.P. Por el papel que desempeña el desarrollo en América Latina.

D.P. Describa a algunos de sus primeros colaboradores, algunos de los que fueron importantes al principio. Contaba con Ahumada, Urquidí, Furtado, Melnik, Santa Cruz, Boti, Noyola, Vuskovic. ¿Los eligió a todos ellos o estaban allí cuando usted llegó?

R.P. Cuando llegué estaban Furtado, Boti, García y Rey Alvarez. Eran consultores, los últimos dos. Urquidí, Ahumada, Melnik, Noyola y Vuskovic llegaron más tarde. ¿Cómo llegó [Pedro] Vuskovic? Un profesor peruano fue contratado como consultor de estadística y trajo consigo a un joven, Vuskovic. Re-

uerdo que Vuskovic estaba trabajando con una calculadora en un cuarto pequeño a la entrada de la calle Providencia. Mostró tener capacidad intelectual y tuvo una buena carrera.

Jorge Ahumada llegó después y Melnik también. Tomamos a Melnik de la Corporación de Fomento. Era un hombre muy eficiente, pero muy eficiente, un gran tipo y una bella persona. Era distinto de Ahumada. Ahumada al comienzo entró pisando fuerte. Pero poco a poco se integró al grupo. Una vez en Brasil, cinco años después, en un *cocktail* que se prolongó hasta tarde, me dijo “Don Raúl, no sé, no puedo entender cómo me ha tolerado tanto tiempo, porque yo estaba en desacuerdo con todo lo que usted decía. Pero tuvo la paciencia de no preguntarme “Jorge, ¿por qué no estás de acuerdo?”. Y nos hicimos buenos amigos. Era un hombre muy inteligente, un buen escritor y lleno de vitalidad.

D.P. ¿Sus subordinados escribían informes y se los daban a leer? ¿Cómo trabajaba con ellos? ¿Les hacía preguntas? No llegué a la CEPAL sino hasta 1955, pero tengo la impresión que usted escribía todos los documentos importantes en los primeros tres o cuatro años. ¿En qué forma trabajaba? ¿Pedía que le prepararan informes, los leía y asimilaba su contenido? ¿O escribía cada cual por su cuenta?

R.P. Bueno, como usted señaló, había distintas secciones. Producían en realidad muchos informes, una serie de informes, que se publicaban en el *Boletín* de la CEPAL [publicación anterior a la *Revista*] o se mimeografiaban y se distribuían. Aproveché algunas de sus ideas. Las discutía con ellos, aunque no me gustaban mucho las grandes reuniones del personal, más bien me gustaba juntarme con unas dos o tres personas.

D.P. ¿Mantenía su oficina cerrada durante ciertas horas al día?

R.P. Sí, a fin de escribir mis propios documentos. No tenía las puertas abiertas. Pero la mayor parte de lo que escribía lo hacía cuando todos se habían ido a casa, los sábados y hasta en vacaciones. La decisión final era mía, pero siempre luego de escuchar. No intentaba presentar documentos como soluciones de transacción diciendo: “Algunos creen esto y otros lo otro”. Sólo escribía lo que creía y no eliminaba la presentación de otros estudios que presentaban opiniones diferentes, pero mis ideas personales, mis estudios personales, no eran fruto de la transacción.

⁵ Lake Success, Nueva York, fue la primera sede de las Naciones Unidas, mientras se construía su edificio permanente en la ciudad de Nueva York.

D.P. Entre su personal había unos pocos funcionarios importantes de nacionalidad estadounidense; me acuerdo de Louis Swenson, Alex Ganz y Richard Mallon. ¿Los escogió para tener una representación estadounidense, o eran parte del equipo? En otras palabras, siempre hubo una división entre usted y el gobierno de los Estados Unidos. ¿Eligió a algunos funcionarios para mostrarle al gobierno de los Estados Unidos que quería contar con estadounidenses o se los impusieron?

R.P. De ninguna manera. Promoví a Louis Swenson porque era un hombre moralmente estupendo, muy capaz, y de un intelecto muy abierto. Quedaba a cargo de la CEPAL por uno o dos meses mientras yo estaba fuera, y ninguno de los dos tenía desconfianza del otro. Formábamos un equipo perfecto. Louis tenía una gran mente crítica. Esta es una de las razones porque prefería no tener una oficina colegiada. Prefería, en cambio, darle uno de mis trabajos a Louis para que lo criticara. Tenía plena libertad para criticar todo y tenía una mente aguda.

D.P. Sí, me acuerdo que escribió ese primer estudio sobre las relaciones económicas entre América Latina y Europa que era muy sólido. ¿Y Alex Ganz? ¿Cómo llegó a escogerlo? ¿Quería un especialista en ingreso nacional y Alex había trabajado en Puerto Rico?

R.P. Alex era un buen ejemplo de cooperación por parte de un economista estadounidense. Trabajaba con tesón. Introdujo nuevas técnicas.

D.P. Especialmente técnicas de ingreso nacional.

R.P. Se había integrado personalmente con el equipo cepalino y no tenía ganas de volver a los Estados Unidos y publicar lo que había aprendido con nosotros. Trató de vivir para la CEPAL. Esto es algo que siempre recuerdo como uno de los grandes méritos de Alex Ganz. Otros llegaban con la idea de lograr una cosecha fácil. De publicar sus artículos, no siempre reconociendo su deuda con la CEPAL. Por el contrario, transformaban ideas de la CEPAL en una terminología técnica.

D.P. ¿En documentos políticos?

R.P. Sí, y atribuyéndose el mérito de los trabajos.

D.P. Quiero conversar ahora sobre sus primeras relaciones con el gobierno de los Estados Unidos. Usted dijo que porque escribí un artículo sobre

el tema en 1978⁶ debo saber más del tema que usted, pero es evidente que no sé. Las relaciones entre la CEPAL y el gobierno de los Estados Unidos y entre usted y el gobierno de los Estados Unidos eran a menudo tensas, desde el comienzo. ¿Por qué?

R.P. Cuando Hernán Santa Cruz presentó ante el Consejo Económico y Social⁷ su proyecto de creación de la CEPAL, naturalmente que encontró gran resistencia por parte de los grandes poderes y especialmente de los Estados Unidos. Persuadió a Mendès-France⁸ y a algunos otros que apoyaran a la CEPAL. Y finalmente, los Estados Unidos tuvo que aceptar. Sobre todo tomando en cuenta que la Comisión se estableció inicialmente por sólo tres años, quizá con la idea implícita de poder fusionarla con la Organización de los Estados Americanos. En realidad, cuando me nombraron Secretario Ejecutivo, un embajador que representaba a los Estados Unidos en la OEA, un caballero muy simpático, me invitó a un *cocktail* en su casa. Y me dijo: “Mi gobierno no quiere que haya dos organizaciones que tratan de los mismos problemas. Hemos preparado un proyecto para fusionarlas a ambas. Puedo decirle, ante todo, que usted es nuestro candidato para director de ambas organizaciones. Y contará con más recursos que antes. Aquí está el texto: dos páginas”. Me leí el texto cuidadosamente y le dije lo siguiente: “Señor Embajador, comprendo perfectamente su posición. Pero tengo que hablarle con toda franqueza. La base de nuestra nueva organización —la CEPAL— es la independencia intelectual. Esta es la primera oportunidad que tiene América Latina de comenzar a pensar sobre sus propios problemas económicos. No lo ha podido hacer hasta ahora”. Estaba persuadido de esto, después de años de meditación, cuando tuve que dejar la Universidad de Buenos Aires. Agregué: “Tengo que decirle francamente que ustedes serían el poder dominante de la nueva organización, como dominan la Organización de los Estados Americanos. El departamento económico de esa Organización está dominado por el Departamento de Estado. Esto lo entiendo muy bien. Pero comprenda mi punto de vista. Si hubiera podido renunciar a mi independencia intelectual quizá podría haber seguido con el gobierno argentino. Pero no pude. Y no voy a cambiar a mis años. Y si tuviera

⁶ David Pollock, “La actitud de los Estados Unidos hacia la CEPAL: algunos cambios durante los últimos 30 años”, en *Revista de la CEPAL*, N° 6, segundo semestre de 1978.

⁷ Conocido como ECOSOC, su sigla en inglés.

⁸ Pierre Mendès-France (1907-1982), posteriormente Primer Ministro de Francia en 1954-1955.

la debilidad de aceptar su ofrecimiento ni uno de los jóvenes que me acompañan seguiría en la CEPAL. Créame, es un grupo excepcional de jóvenes brillantes que nunca antes habían logrado trabajar juntos en América Latina. No por el sueldo, sino por la idea de orientar a América Latina en la dirección correcta. De modo que lamento decirle que no podré aceptar”. Bueno, fue una buena fiesta. Cambiamos de tema y el asunto terminó con una despedida cordial. Esto ocurrió unas pocas semanas antes del tercer período de sesiones de la CEPAL, que era mi primera reunión como Secretario Ejecutivo.

D.P. ¿Fue en México?

R.P. En México. Primero fue la reunión constitutiva en Santiago. La segunda fue en La Habana, cuando hablé como Director de Investigaciones, y ésta de México, mi primera como Secretario Ejecutivo. Inmediatamente antes de la reunión, Antonio Carrillo Flores, el Ministro de Hacienda de México, me invitó a una comida en honor de Alberto Baltra, Ministro de Economía de Chile, con otro miembro de la delegación chilena, con Merwin Bohan,⁹ y con un alto funcionario del Departamento de Finanzas. El segundo chileno era Oscar Schnake, un viejo amigo. Tuvimos una buena cena. [Fue] en Ciudad de México. A quemarropa Antonio Carrillo Flores me preguntó en la mesa: “Don Raúl, ¿cómo le gusta el vino mexicano?” Contesté: “Estimado Ministro, éste no es vino mexicano” (risas). Era un hombre de mucho humor. Después de comida nos acomodamos en dos sofás iguales salvo que entre el segundo sofá y la pared había un espacio. Carrillo estaba ahí con Merwin Bohan y Baltra. Yo estaba de lado dándoles la cara, con Schnake. El alto funcionario mexicano estaba parado detrás del sofá. Entonces Carrillo le dijo a Merwin, “Por favor lea su proyecto, su borrador de proyecto para la fusión de la OEA con la CEPAL”. Merwin lo leyó. Entonces Carrillo me dijo: “¿Qué opina del texto?” Le contesté: “No necesito reflexionar sobre él porque es precisamente el que me consultaron en Washington y que rechacé de plano, por los motivos siguientes”. Y le repetí los argumentos. ¿Sabe lo que hizo Carrillo? Hay gestos en la vida que uno no olvida. “Déme ese papel”, lo rompió y tiró. El asunto estaba liquidado. Y

el pobre Merwin Bohan, callado. Los Estados Unidos habían esperado que México lo apoyara y México estaba callado. Esto se supo, naturalmente. El Presidente Vargas envió un cable a su delegación, la brasileña, apoyando a la CEPAL. Chile titubeaba. El movimiento ganó fuerza. Y fue tal el ímpetu que tuve que ayudarle a Merwin Bohan a suavizar un proyecto de resolución demasiado duro (risas). El hombre que trajo la concordia fue Philippe de Seynes, miembro de la delegación francesa.

D.P. ¿Hubo algún país latinoamericano que no lo apoyara en la CEPAL?

R.P. Todos, incluso la Argentina [me apoyaron]. Argentina nunca me puso en una situación difícil, tengo que reconocerlo.

D.P. Acláreme un detalle, Don Raúl. ¿Por qué se estableció la Oficina de Washington? ¿Fue porque uno de los puntos del acuerdo era: “Está bien, si ustedes los latinoamericanos van a tener una comisión regional, cuando ya tenemos la OEA, por lo menos que coordinemos nuestro programa de trabajo para que no haya duplicación ni traslapes”? ¿Fue por eso que se creó?

R.P. Yo podía ver la extraordinaria importancia de estar en Washington. Primero como fuente —así como usted después desarrolló la oficina— de contactos entre los latinoamericanos y los estadounidenses. Como fuente para la recolección de informaciones y estudios.

D.P. ¿Aparte de coordinar con la OEA?

R.P. Ese era sólo un pretexto. Se trataba en realidad de tener una base ahí.

D.P. Ya veo. Cuénteme algo sobre la relación entre Santiago y Nueva York. Tengo entendido que siempre habían tenido muy buenos contactos con el Secretario General. Cuénteme sobre el Secretario General, sobre el ECOSOC y sobre la Administración de la Sede. Tres niveles distintos. Comience con el Secretario General. ¿Siempre tenía buenas relaciones con Hammarskjöld,¹⁰ con Trygve Lie, con U Thant?¹¹ ¿Nunca tuvo dificultades con ningún Secretario General?

R.P. Absolutamente ninguna.

⁹ Miembro de la delegación de los Estados Unidos a la conferencia del GATT en 1949-1950 y Embajador de los Estados Unidos ante el Consejo Interamericano Económico y Social a comienzos de los años cincuenta. Conoció a Prebisch cuando éste dirigía el Banco Central de la República Argentina en los años 1941-1943.

¹⁰ Dag Hammarskjöld (1905-1961), Secretario General de las Naciones Unidas en 1953-1961.

¹¹ U Thant (1909-1974), Secretario General de las Naciones Unidas en 1962-1972.

D.P. ¿Y qué hay del ECOSOC y el Departamento de Asuntos Económicos? ¿Intentaron alguna vez editar su producción?

R.P. No. Puedo decir que he tenido las relaciones más cordiales y amables con el Departamento. Pasaron por él varias personalidades el primer año: David Weintraub y Harold Kostin. A David lo sacrificó Trygve Lie en época de McCarthy.

David Weintraub era un hombre que veía el problema del desarrollo y le entusiasmaba el trabajo de la CEPAL. Lo mismo le ocurrió a Harold Kostin, un británico. Pero, dadas las circunstancias, David Weintraub tuvo que renunciar. A Harold Kostin lo trasladaron a otras funciones y llegaron hombres nuevos. David Owen llegó un poco más tarde.

D.P. ¿Y qué hay del Secretario General? Cuénteme algo sobre sus relaciones personales con Hammarskjöld, Trygve Lie y U Thant. ¿Los conoció a todos personalmente?

R.P. Trygve Lie, sólo cuando lo fui a ver para aceptar el cargo de Secretario Ejecutivo. Cuando estuve en Santiago para la Reunión del Consejo Económico y Social visitó la CEPAL. Fue a mi oficina y me dijo: “Estoy muy contento con usted, porque no me da ningún problema político” ¡Y punto! (Risas) Nunca interfería para nada. Con Hammarskjöld establecí una relación muy cordial, a tal punto que conmigo hizo una excepción. Nunca antes lo había acompañado un Subsecretario en ninguno de sus viajes. Me pidió que lo acompañara en un viaje a América Latina y sostuvimos largas conversaciones sobre muchas materias. Era un hombre de intelecto brillante y me apoyaba en todo sentido.

D.P. Cuando estuve en Santiago en 1955, trabajé con José Antonio Mayobre¹² y Alex Ganz en un temprano documento de la CEPAL llamado “Una introducción a las técnicas de planificación”. Cuando ese informe se presentó en Nueva York, recibimos un cable que a Mayobre le chocó mucho. Me lo mostró. El cable decía: “El informe está bien, pero dondequiera que se mencione la palabra ‘planificación’ replácela por ‘programación’, porque aquí en Nueva York no podemos apoyar nada que se llame ‘planificación’”. Y usted estuvo de acuerdo. Explíqueme cómo, con todo el apoyo que tenía —del Secretario General y todos esos

personeros en la Sede— podían las Naciones Unidas decidir que ‘planificación’ era una mala palabra y que ‘programación’ era una buena palabra.

R.P. No en Nueva York. No me preocupaban las autoridades en Nueva York, sino en el Departamento de Estado y el Banco Mundial. El Banco no hablaba de ‘planificación’ sino de ‘programación’. Y entre paréntesis, por muchos años yo no hablaba de ‘planificación’; fue un lapsus de José Antonio Mayobre referirse a la ‘planificación’. Yo hablaba de ‘programación’.

D.P. ¿Por qué el ECOSOC, que en teoría es el organismo tutor de la CEPAL, no ha ejercido gran influencia? ¿Cómo llegó la CEPAL a ser tan fuerte cuando el ECOSOC mismo —su organismo superior— era tan débil? Aquí hay algo raro. De muchas maneras, y para bien o para mal, la CEPAL transformó el pensamiento económico y la acción económica de América Latina. La sustitución de importaciones, la industrialización, todo el concepto de centro-periferia, la relación de precios del intercambio, la integración regional, la planificación, etc., etc. La CEPAL seguía adelante, escribía, actuaba e influía sobre la realidad ya sea que el ECOSOC la escuchara o no. El ECOSOC parecía casi insignificante. De alguna manera, el ECOSOC resultaba anacrónico, y no entiendo por qué.

R.P. Después que Gunnar [Myrdal]¹³ dejó la CEE¹⁴ era yo, como orador, quien captaba la atención del público, hablando sin apuntes, hablando con fuerza, afirmando mis convicciones. A la gente le gusta eso. Es un elemento de persuasión. Aunque no se dejen llevar por lo que uno dice, por lo menos respetan lo que hace y a la organización a que pertenece. Pero si lee su discurso o habla en una voz monótona y presenta muchos números, pierde influencia. Tiene que presentarse a discutir como si fuera un actor. Creo que éste es un elemento importante y Gunnar era capaz de hacerlo. Era un hombre poderoso y creo que esto también influía. Recuerde que en un organismo como éste siempre hay tres o cuatro personas con capacidad intelectual. Ellos forman la opinión sobre la calidad intelectual del hombre que habla. Nunca he visto la cara de alguien dormido mientras yo hablaba y eso es importante.

¹² Secretario Ejecutivo de la CEPAL, 1963-1966.

¹³ Gunnar Myrdal (1898-1987), economista sueco. Fue Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para Europa en 1947. Autor de *The Asian Drama* (1968), Myrdal compartió el premio Nobel de Economía con Friedrich von Hayek en 1973.

¹⁴ Comisión Económica para Europa.

D.P. [Volviendo a la propia CEPAL], comencemos con las tres principales contribuciones iniciales de la CEPAL al desarrollo de América Latina. Una era la teoría. La segunda, digamos, era la asistencia técnica, la capacitación y las actividades de asesoramiento. Y la tercera era política: la CEPAL servía de foro para que se reunieran los latinoamericanos. También prestaba servicios estadísticos y otros similares. Pero, fundamentalmente, el aporte principal de la CEPAL y de usted mismo en esos años fue la teoría. Comenzó trazando la dicotomía entre centro y periferia. De 1948 hasta 1963, centró su atención fundamentalmente en el sector externo. Su interés en la relación de precios del intercambio, su insistencia en la necesidad de industrializarse mediante la sustitución de importaciones, la importancia que atribuía a la promoción de exportaciones, ¿por qué ese acento tan cargado sobre la vulnerabilidad externa?

R.P. Porque la constricción del sector externo representaba el obstáculo más importante para el desarrollo en esa época.

D.P. Antes, cuando vivía en Argentina, le impresionaba mucho la vulnerabilidad de la economía argentina a los vaivenes internacionales. Pero en la tesis de la CEPAL se prestaba muy poca atención a los fenómenos internos. Centraba su atención principalmente en el problema de las restricciones de divisas. Es cierto que América Latina era muy vulnerable entonces. Pero, presumiblemente, ¿su énfasis se debía también en parte a que usted y la CEPAL necesitaban el apoyo político, en esos primeros años, de los gobiernos latinoamericanos?

R.P. Y porque no estábamos preparados para ampliar nuestro pensamiento de un día para otro para abarcar todos los aspectos de la economía. Fijamos la atención en aquellas partes que eran importantes en ese momento. Y gradualmente ampliamos nuestras ideas para abarcar otros temas.

D.P. ¿Evolucionó su teoría con el tiempo? Su tesis era muy compleja. Todo se relacionaba con todo lo demás. ¿Evolucionó ese pensamiento lentamente entre 1948 y 1963 o lo tenía en mente desde un comienzo? Es decir, parte de la tendencia al deterioro secular de la relación de precios del intercambio, que implica un esfuerzo por reducir la dependencia de la producción primaria para la exportación, y termina con un proceso acelerado de industrialización.

R.P. Fue una evolución gradual. Tuvimos que industrializar en la Argentina sin construir antes una

teoría, porque necesitábamos proporcionar más bienes a la población. Pero no podíamos pagar todos los bienes importados, por el decaimiento de nuestras exportaciones y el deterioro de nuestra relación de precios del intercambio. Ese es un hecho sencillo. Sin ninguna teoría, toda América Latina hizo lo mismo. De México para abajo. Entonces, en mis días de tranquila meditación, después que dejé el Banco Central, empecé a lucubrar teorías. Apareció el concepto de centro y periferia y también el de la industrialización.

Veamos el segundo y luego el primero. Había, y hay todavía, gran confusión acerca del deterioro de la relación de precios del intercambio. Se me acusó varias veces de proyectar al futuro la tendencia al deterioro de la relación de precios. Yo nunca dije algo así. Lo que dije es que es necesario introducir el progreso técnico en la agricultura. Mientras más se eleve la productividad, menos mano de obra se necesita por unidad de producto. Es cierto que se puede aumentar la producción y las exportaciones, pero aquí viene el factor externo. Si los mercados externos están abiertos, y puede colocarse en ellos lo que se produzca, todo estará bien; ésa sería la forma más económica de emplear a la mano de obra. Pero ocurre que las leyes de la elasticidad ingreso resultan muy estrechas. Una elasticidad ingreso muy baja para los productos primarios y muy alta para las manufacturas. ¿Cómo manejar esta situación? Se trata de un simple problema de aritmética.

D.P. Recuerdo que cuando estaba en Santiago en 1955, Alex Ganz calculaba que la elasticidad ingreso general de la demanda de importaciones para los productos primarios latinoamericanos en los Estados Unidos era de 0.6 y que la elasticidad ingreso de la demanda de importaciones de manufacturas por parte de América Latina era de 1.6. Ahí estaba la brecha.

R.P. Si se amplía el razonamiento a todos los centros del mundo, y dada la baja elasticidad precio de nuestras exportaciones, llega cierto momento en que el empeño por aumentar las exportaciones rinde menos divisas. ¿Qué papel desempeñan la industrialización y la protección? Una protección razonable proporciona un incentivo para establecer industrias y para distraer recursos de la agricultura hacia la producción industrial. No para desplazarla, sino para dividir los incrementos en los factores de producción: una parte para seguir aumentando la agricultura y la otra para la industrialización. Esta fue una de las razones que esgrimimos a favor de la programación: tratar de mantener un equilibrio dinámico entre ambas actividades.

D.P. Una de las críticas extrañas que se le hicieron a usted y a la CEPAL era que “se oponían a la agricultura” porque favorecían a la industria.

R.P. Bueno, eso es un disparate. Cualquiera que lea nuestros documentos verá que damos importancia a ambas actividades. Una de las primeras cosas que hice en 1955 cuando me consultó el nuevo gobierno de la Argentina fue recomendar el establecimiento de un Instituto Nacional de Tecnología Agrícola —INTA— con independencia económica. Lo que trataba de transmitir era la idea de un equilibrio dinámico entre ambos sectores. Decía que si no hay industrialización en los países en desarrollo, en la periferia, y si hay progreso técnico en la agricultura, la relación de precios del intercambio tenderá al deterioro. La única forma de frenar esa tendencia es la industrialización. Este era mi sencillo argumento. No formulé una predicción sobre el futuro. Presenté mi tesis como un argumento a favor de la industrialización. ¿En contra de la agricultura? ¿Cómo podría? ¿Un hombre nacido y criado en la Argentina, que reconocía que el alto nivel de vida de su país a comienzos de siglo se debía a la agricultura? Y como dije en Brasil (contestándole a Jacob Viner¹⁵ que había comentado “Prebisch odia la agricultura”), la agricultura puede ser fuente de riqueza. Ahora bien, la tesis de los economistas ortodoxos era: si necesita estimular la industria, devalúe la moneda. La devaluación eleva el precio de las importaciones y estimula las exportaciones, sin intervenir en el libre juego de las fuerzas del mercado. Mi respuesta era: la devaluación aplicada con ese fin y no como respuesta a un proceso previo de inflación, promoverá la inflación. Será una forma de protección con un alto costo social. Y esas exportaciones (y era el caso de las exportaciones de productos primarios de la Argentina, que ya eran competitivas) registrarán un alza de precios, con lo que aumentará la producción, y a la postre los precios bajarán. Viner replicó: “Aplique un impuesto sobre las exportaciones”. “Pero, mi estimado amigo”, le contesté, “ésta es una intervención del mercado. ¿Qué diferencia hay entre un impuesto sobre las exportaciones para que no decaigan sus precios y un impuesto selectivo sobre las importaciones? Pamplinas. Eso es todo. Aun cuando aclaraba esos asuntos y cuando los explicaba se me seguía acusando de cosas increíbles en esta materia.

D.P. ¿Por qué cree que pasaba?

R.P. Por las interpretaciones de segunda y tercera mano de mis escritos. Y porque existe un prejuicio, como usted probablemente ha notado, como miembro de una universidad del norte. Realmente, David, hay cierta arrogancia y menosprecio. No nos toman en serio. Estoy seguro de que en Harvard no nos toman en serio. Somos economistas de segunda categoría o hasta de tercera. Somos economistas subdesarrollados.

D.P. ¿Pero quizá fuera también porque usted representaba un desafío para las exportaciones de los Estados Unidos, por efecto de las medidas de sustitución de importaciones? ¿Y también por sus críticas de las transnacionales? El sector privado de los Estados Unidos y el gobierno de ese país temían que sus teorías tuvieran un efecto doblemente adverso para ellos.

R.P. Tiene usted razón. Vamos punto por punto. Fui a hablar con Frank Southard¹⁶ sobre el mercado común latinoamericano. Era un hombre de mente abierta. Puse como ejemplo que estábamos pensando en producir automóviles. “¿Y nos quitarían un mercado de exportación?” “Así sería”, le contesté, “pero como resultado, importaríamos más”.

D.P. ¿Más bienes de capital?

R.P. “Bueno”, dije, “el efecto inmediato sería ése. A más largo plazo podría ocurrir algo distinto”. El veía los efectos inmediatos. No tenía noción de la política a largo plazo. Le preocupaban los intereses inmediatos. Pero yo estaba pensando no sólo en las medidas inmediatas sino en las consecuencias a más largo plazo para el desarrollo. No se olvide que el largo plazo empieza ahora mismo. Es necesario erigir los programas de corto plazo en el marco de un concepto de programación a largo plazo.

D.P. ¿Y qué hay de las transnacionales?

R.P. Como siempre sucede, el péndulo se fue al otro extremo. Hemos visto a las transnacionales por todas partes. Hemos construido una teoría sobre la transnacionalización. Creo que es necesario aquí, nuevamente, intentar una política. Tomemos el caso del petróleo. En 1955, durante el breve período en que era consultor del gobierno de la Argentina, me opuse con gran firmeza a la política de “puertas abiertas” para las empresas petroleras. La Argentina, por diversas razones, tuvo que aumentar la producción de petróleo. De

¹⁵ Jacob Viner (1892-1970), el principal teórico sobre comercio de su generación en los Estados Unidos.

¹⁶ Representante de los Estados Unidos ante el FMI, 1948-1950.

modo que fue necesario lograr la cooperación de las compañías petroleras. Le dije al Presidente [Aramburu]:¹⁷ “No dé concesiones. Trate de firmar contratos de servicios con las compañías”. Las compañías se oponían. ¿Se acuerda del Sr. Vance, jefe del Banco de Exportaciones e Importaciones? Fue a Santiago y me dijo: “Yo soy republicano. Considero que las compañías petroleras deben ser libres de invertir sin condiciones. Y puedo decirle que estoy dispuesto a recomendar a mi gobierno (era un hombre muy influyente) una política distinta: una política de negociación, empresas conjuntas y contratos de servicios, como predica usted”. Tomé el primer avión, a las 12 horas precisamente. Fui inmediatamente a ver al Ministro de Hacienda. Por desgracia, el día anterior el Presidente Aramburu había hecho una declaración ambigua que modificó nuestra política. Cuando se supo en Nueva York y Washington, las compañías se retiraron. Y el país tuvo que esperar muchos años. Ahora las compañías están bien dispuestas; han aprendido su lección. Necesitamos a las transnacionales, pero con unas reglas muy claras de juego: deberes, obligaciones y derechos. Tenemos que descubrir nuevas políticas. Primero, una política selectiva: debemos definir lo que necesitamos de ellas y en qué condiciones. El peligro está en que, en esta difícil situación, traten de obligar a los gobiernos a concederles condiciones muy favorables.

D.P. Todo esto me deja con la sensación de que la tesis de la CEPAL o la tesis de Prebisch de 1950-1960 sigue teniendo gran vigencia para la América Latina de hoy.

R.P. Como la sustitución de importaciones, no como preferencia teórica, sino en la medida en que no podamos encontrar mercados suficientes para nuestras exportaciones. Eso es todo. Necesitamos aumentar nuestro ingreso. Necesitamos importar más. En la medida en que no podemos importar más pagando con exportaciones, tenemos que pagar con nuestra propia producción.

D.P. Lo que me más me interesa es que el argumento analítico se remonta a sus escritos de hace treinta años. Hay en realidad muy poco nuevo que decir sobre “qué debe hacerse” sobre la restricción externa que no esté ya incluido en la tesis de la CEPAL de los primeros años del decenio de 1950.

R.P. Lamento decirlo, pero el concepto de centro-periferia casi no ha variado.

¹⁷ Pedro Eugenio Aramburu (1903-1970), Presidente de la Argentina en 1955-1958.

D.P. Ni tampoco la teoría sobre la relación de precios del intercambio; ni el concepto de la industrialización basada en la sustitución de importaciones; ni las bases teóricas de la cooperación regional.

R.P. Me gustaría ver —en verdad, David— un planteamiento revolucionario de nuevas ideas.

D.P. Usted estuvo en la CEPAL desde 1950 hasta 1963 como Secretario Ejecutivo. Quiero repasar algunas de las cosas que pasaron en ese período. Comenzaré con la Alianza para el Progreso.¹⁸ Ese fue, para la época, un noble experimento. Cuénteme cómo llegó a participar en ese programa.

R.P. Para mí diría que hubo dos episodios distintos. Adlai Stevenson¹⁹ visitó Buenos Aires con el Senador Benson, hombre muy simpático. Ambos pidieron verme. Stevenson me planteó unas preguntas muy atinadas. Esto ocurrió antes de la Alianza. Al final, después de agradecerme mi hospitalidad, me pidió que escribiera un memorando para él. Lo que hice. Y empleé este memorando como base para un artículo que publicó poco después en *Foreign Affairs*. No sé si tenía o no influencia sobre John Kennedy.

Ahora bien, volviendo a la Alianza para el Progreso, debo decirle que yo no fui su promotor, pero me subí al carro tan pronto como comenzó a moverse. No fui su promotor porque me opusiera, sino porque así sucedió. Subrayo este hecho porque mucha gente cree que yo fui su autor intelectual. La Organización de los Estados Americanos, en los primeros años de la presidencia de Kennedy, intentó inyectarse nueva vitalidad estableciendo un comité de 15 ó 20 personas, la mayoría latinoamericanos.

D.P. ¿Le pidió la OEA a la CEPAL que enviara a algunas personas para ayudarlo?

R.P. Sí. Los documentos de la CEPAL fueron la base, y nuestra presencia otro aporte. La OEA vio la posibilidad de ganar nuevas fuerzas. Algunas semanas más tarde, después de la presentación del documento al Departamento de Estado por la OEA, tuve una reunión con José Antonio Mayobre (Embajador de Venezuela [en los Estados Unidos]), más Felipe Pazos²⁰ y Felipe Herrera,

¹⁸ La Alianza para el Progreso, un programa de desarrollo para toda América Latina, fue inaugurado por el Presidente John F. Kennedy en marzo de 1961. El programa destinaba 20 000 millones de dólares a la región en un período de diez años.

¹⁹ Adlai Stevenson (1913-1965). El Presidente Kennedy lo nombró Embajador ante las Naciones Unidas, con rango ministerial.

²⁰ Felipe Pazos (1913-2001), economista cubano, funcionario del FMI en 1946-1949.

que ya era Presidente del Banco Interamericano (lo fue desde 1959 a 1971). Alfonso Santa Cruz estaba en Washington y Jorge Sol se movía mucho. Era el jefe del Departamento. [Yo redacté una carta al Presidente Kennedy que decía así]: “Este es el momento de establecer una política hemisférica hacia América Latina”. Y Mayobre, el hombre más importante, por ser Embajador, entregó esta carta personalmente al Presidente. Este la recibió tan bien, que unos pocos días después expresó que las ideas fundamentales eran las ideas de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas. ¡Imagínese cómo nos sentíamos, cuán entusiasmados! Ahora bien, ésta fue la parte positiva. ¿Cuál fue la negativa? Que Richard Goodwin,²¹ sin consultarnos, dio a este documento el nombre de “Alianza para el Progreso”. ¡Sonaba casi como la “Santa Alianza”! No era una alianza: fue un error y un nombre infortunado. Se suponía que yo presidiría un comité para coordinar las actividades. Pero la delegación argentina me objetó.

D.P. ¿Por qué? ¿Si usted había dicho que lo apoyaban?

R.P. En efecto. Me apoyaron en la CEPAL, pero estaba adquiriendo demasiado poder e importancia, cosa muy seria en la Argentina, siento decirlo. De modo que tuve que cooperar con el Comité como consultor sin ningún poder. La Alianza, como usted sabe, fue atacada tanto en los Estados Unidos como en América Latina. En los Estados Unidos, aquellos con intereses comerciales sostenían lo siguiente: “¿Por qué pensar en términos de reforma social? Primero estimulemos el crecimiento económico y después habrá que tomar medidas para mejorar la distribución del ingreso”. Y en América Latina los terratenientes se resistían a la idea de la reforma agraria. Sólo la personalidad del Presidente Kennedy y su influencia personal en el gobierno podría haber salvado a la Alianza. Pero él murió.

D.P. La comunidad empresarial de los Estados Unidos ¿por qué se oponía a la Alianza?

R.P. Para ellos América Latina era una fuente de utilidades. Cualquier cosa que atentara contra esas utilidades era mala. La reforma agraria en sí era conveniente. Pero había que esperar hasta que el país fuera próspero, muy próspero, antes de introducir todas esas reformas.

En algunos países los terratenientes dijeron que se alzarían contra las compañías extranjeras. Así ocurrió en Chile, por ejemplo. Esto fue desastroso. Entonces vino el CIAP.²² El Banco Mundial no le hizo ningún caso, siguió tomando sus decisiones independientes. Al comienzo los países latinoamericanos enviaban buenas delegaciones. Cuando el grupo de los Nueve Sabios fue remplazado por los representantes de gobierno en Washington, enviaban secretarios de embajada a las reuniones, personas sin ninguna capacidad. Siempre recuerdo que, gracias a los esfuerzos de [Carlos] Sanz de Santa María, el gobierno estadounidense asistía. El hizo un gran esfuerzo para conseguir una representación estadounidense de alto nivel y la obtuvo. La representación latinoamericana era una calamidad. No tenían preguntas que hacer. Carlos Sanz, Walter Sedwitz²³ y yo mismo tuvimos que formular las preguntas. Esto me convenció de que todo el experimento estaba condenado al fracaso.

D.P. Una de las críticas tácitas que dirige a la Alianza para el Progreso es que nunca tuvo un jefe.

R.P. Así es.

D.P. Me gustaría que habláramos un poco acerca de la CEPAL y usted, por un lado, y el FMI y el Banco Mundial, por el otro. Ha habido una larga historia de relaciones de adversarios en el plano intelectual y analítico. En los años cincuenta y comienzos de los sesenta (hasta que usted se fue a la UNCTAD), la CEPAL y el FMI miraban los problemas y, por lo tanto, las soluciones del desarrollo latinoamericano bajo luces muy diferentes.

R.P. Sí. La teoría del Fondo se basaba en el concepto de que un déficit de balance de pagos era resultado de la mala administración interna. La CEPAL no es que negara la mala administración interna. Habría sido yo el último en negarla por mi larga experiencia en la Argentina y mi estudio y exposición de la historia monetaria argentina. Pero atribuir a factores internos lo que muy a menudo era resultado de factores externos era una verdadera calamidad, una verdadera calamidad teórica. Por ejemplo, un balance de pagos favorable en una etapa de bonanza en los centros aumentaba las importaciones que eran la fuente [la única o la mayor] de los impuestos. Y la Tesorería se preocupaba

²¹ Richard N. Goodwin fue asesor especial y redactor de discursos del Presidente Kennedy (1961), Subsecretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos (1961-1962) y Director de la Secretaría Internacional del Cuerpo de Paz.

²² Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso.

²³ Alto funcionario de la OEA y Subdirector Secretario del Consejo Interamericano Económico y Social encargado de la supervisión de la Alianza para el Progreso.

de que crecerían los gastos. Y cuando llegara la crisis, sería imposible evitar un déficit de balance de pagos. La tesis del FMI era siempre la de “restringir el crédito para disminuir las importaciones”. Nosotros rebatíamos: “Eso está muy bien. Pero la forma de disminuir las importaciones es aplicando una política selectiva que al mismo tiempo promueva la sustitución de importaciones”. Porque a largo plazo, es esencial la sustitución de importaciones. El Fondo no quería relacionar ambas cosas; la sustitución de importaciones (porque contradecía también las leyes del mercado) y la selectividad de las importaciones (por ser una intervención inaceptable en el mercado). Esto, desde el punto de vista de la política monetaria, era el elemento más importante en nuestras disputas con el Fondo. Años más tarde, muchos años más tarde, cuando Pierre Paul Schweitzer llegó a dirigir el Fondo, nos llevábamos muy bien en lo personal.²⁴ Y recuerdo que en una de las cenas del Fondo me dijo: “Sabe, Raúl, cuando ingresé al Fondo me lo presentaron como si fuera el diablo en persona. Me advirtieron que tuviera cuidado con usted”. También recuerdo que Larosière,²⁵ a mitades de su primer período, dijo una vez en un discurso en Suiza: “El Fondo siempre ha considerado que los desequilibrios de balance de pagos en los países en desarrollo se deben solamente a factores internos. Ello no es así. Tenemos que darles importancia también a los factores externos”.

D.P. ¿Fue el primero en decirlo públicamente?

R.P. El primero en decirlo en voz alta y con todas sus letras. Unos pocos días después, en un *cocktail* del Fondo, en que se despedía a uno de sus altos funcionarios, le dije: “Monsieur de Larosière, lo felicito. Fue un innovador al decir lo que dijo en Suiza”. Y él me respondió: “Sí, pero me gustaría innovar mucho más. Sin embargo, me topo con resistencias”. “Son las mismas resistencias con que se topaba el Papa Juan XXIII”, le respondí.

D.P. Quiero hablarle del BIRF,²⁶ el otro mellizo de Bretton Woods. Usted y la CEPAL tuvieron dificultades de índole intelectual con el Banco. No eran posiciones tan encontradas (como con el FMI), pero sí encontradas. ¿Podía atribuirse a que el Banco Mundial no

era tan importante? Fueron igualmente ortodoxos por mucho tiempo.

R.P. Le contaré una anécdota que le ilustrará este punto. En mi informe sobre la Argentina en 1955, predicaba las bondades de la industrialización y la necesidad de promover la iniciativa privada. Una macrointervención del Estado para crear las líneas gruesas y luego la iniciativa privada para que las aprovechara. Algunas semanas más tarde, me visitó el Vicepresidente del Banco Mundial, Burke Knapp, un hombre muy simpático y cordial. Y Demuth²⁷ estaba ahí. Demuth me preguntó: “¿Por qué se opone a la iniciativa privada en la industrialización y por qué promueve el crecimiento de la empresa estatal? ¿Por qué lo está recomendando?” “¿Qué?”, le pregunté a Burke Knapp, “eso me desconcierta absolutamente. Me atacaron en mi propio país (así como en otros países latinoamericanos) por la forma en que hablaba a favor de la iniciativa privada en la industria, y también en la agricultura y otros sectores. ¿Cómo puede ser que el Banco, que debe estar bien informado, lo ignore y en cambio me haga aparecer como un hombre que promueve el crecimiento de las empresas estatales? Yo nunca lo hice, porque nunca creí en esa posibilidad”. Eso le muestra cómo —aun en instituciones y círculos que debieran estar bien informados— oyen algo y no se toman la molestia de averiguar en qué medida es cierto o no. Y se construye así una teoría coherente que lo ataca y destruye su propio pensamiento. Esto es lo lamentable.

D.P. Así pues, la CEPAL era una pulga en el oído para el Banco y el Fondo. ¿Se consideraba que usted no prestaba atención suficiente a la teoría neoclásica?

R.P. Así es. Es que yo no era de la escuela neoclásica ya que, sin desconocer la importancia absoluta de la iniciativa privada, creía que debía combinarse con la planificación, con las líneas generales de la planificación. Esto es lo que no podían aceptar.

D.P. Muy bien. Pero después que Eugene Black dejó [el Banco Mundial] y Robert MacNamara²⁸ ingresó, junto con Hollis Chenery,²⁹ la actitud ya no fue la misma. Comenzó a mejorar un poco.

R.P. Es cierto, con MacNamara y con George Woods.

²⁴ Director del FMI, 1963-1973.

²⁵ Jacques de Larosière, Director Gerente del FMI en 1978-1987; Gobernador del Banco de Francia en 1987-1993, y Presidente del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo en 1993-1998.

²⁶ Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, nombre primitivo del Banco Mundial.

²⁷ Richard Demuth, economista del Banco Mundial, que trabajaba en temas agrícolas, entre otros.

²⁸ Robert MacNamara, Secretario de Defensa de los Estados Unidos en 1961-1968; Presidente del Banco Mundial en 1968-1981.

²⁹ Profesor de Economía en la Universidad de Harvard y economista jefe del Banco Mundial bajo la presidencia de Robert MacNamara.

D.P. Sí, él estuvo entremedio.

R.P. MacNamara fue siempre muy cordial conmigo, pero eso era todo. Chenery conocía a la CEPAL. Una vez habíamos invitado a Chenery a pasar unos meses en la CEPAL.

D.P. De manera que con Hollis Chenery, Mahbub Ul Haq³⁰ y Drag [Avramovic],³¹ y con MacNamara, se creó un clima intelectual distinto en el Banco. [Pero, en general,] en Washington, incluso nuestra oficinita de la CEPAL allí, se consideraba como un puesto de avanzada de la oposición intelectual. No sólo por el gobierno de los Estados Unidos, sino también por algunos de los organismos especializados de las Naciones Unidas. En otras palabras, la CEPAL tenía la reputación de representar un peligro potencial para las políticas del gobierno de los Estados Unidos, del Banco, del Fondo y del GATT.³²

R.P. Pero esa imagen tiene dos facetas. Por una parte está el poder intelectual, que era uno de nuestros objetivos, y por la otra sus repercusiones políticas. No se trataba de la transferencia del poder de esas instituciones a la CEPAL; lo más que podría ganar —y esto podría haber sido muy importante— era convertirse en el centro de elaboración de nuevas ideas y la transformación de esas ideas en fuerzas políticas. No se trataba de dirigir al Banco o al Fondo, sino de examinar lo que estaban haciendo: criticar, por ejemplo, en el caso del Fondo, su política de condicionalidad. Una de las funciones más importantes de la CEPAL podría haber sido la de criticar a fondo la política de condicionalidad. No se trataba de decir “No nos gusta la condicionalidad” sino [más bien] “cómo podría aplicarse la condicionalidad”.

D.P. Don Raúl, quiero preguntarle por qué estableció el ILPES.³³

R.P. Yo no creé el ILPES. La primera idea de crearlo vino de David Owen. Me decía, “Raúl, cuando se retire, debería tener un centro de investigaciones como parte de la CEPAL”. Le contesté: “Buena idea”. Esta conversación la tuvimos por allá por fines de los años cincuenta. En cierta ocasión Paul Hoffman me invitó

a ir a Nueva York a visitarlo. Lo que hice. “Dispondré los recursos necesarios para que cree un instituto de planificación para América Latina”, me informó. Probablemente David Owen le había explicado su idea a Paul Hoffman, y Hoffman—quien había creado el Instituto Internacional de Desarrollo— era un hombre de negocios con una amplia visión del mundo. Llegamos a ser buenos amigos y él me dio la idea, pero yo no le pedí a nadie [que creara] el ILPES.

D.P. Ya que hemos mencionado al ILPES, ¿qué piensa usted ahora?

R.P. Sin entusiasmo. Al ILPES le faltan recursos. Arrastra una existencia muy precaria. No cuenta con un equipo permanente de investigación. Y América Latina necesita un equipo de investigación que complemente la labor de la CEPAL.

D.P. Veamos el tema de la integración regional. Una de las grandes realizaciones de la CEPAL fue la de ampliar el concepto de la industrialización basada en la sustitución de importaciones del plano nacional al regional y subregional. Y poner mano a la obra para la creación de la ALALC,³⁴ el mercado común centroamericano, el Grupo Andino y, en cierta forma, también la CARICOM.³⁵ Este fue uno de los logros específicos, prácticos y pragmáticos de la CEPAL. Usted fue padre de la integración regional en América Latina. ¿Cómo se siente mirando hacia atrás? ¿Qué debiera haber hecho de otra manera? ¿Cómo evalúa el aporte de la CEPAL a la cooperación regional latinoamericana?

R.P. Este es un asunto muy cerca de mi corazón. Considero de vital importancia para América Latina impulsar este concepto. ¿Por qué no avanzó más allá de cierto punto? No fue un fracaso. Pero tampoco fue un éxito. Fue una mediocridad, una mediocridad latinoamericana típica. Comencemos por decir que durante los largos años de prosperidad en los centros, cuando por fin América Latina se persuadió de la necesidad y la posibilidad de exportar manufacturas, el péndulo se inclinó para el otro lado. Primero se inclinó a favor de la sustitución de importaciones, olvidándose de la exportación de manufacturas. Fuimos los primeros en decir (y escribí ese informe a comienzos de los años sesenta) que la industrialización de América Latina era asimétrica. Dimos un impulso a la sustitución de importaciones, pero no dimos un tratamiento simétrico a

³⁰ Mahbub Ul Haq (1934-1998), economista paquistaní y Vicepresidente del Banco Mundial bajo MacNamara.

³¹ Subdirector de Desarrollo Económico del Banco Mundial a comienzos de los años sesenta y posteriormente miembro del Directorio del Banco.

³² Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio.

³³ Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, hoy Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social.

³⁴ Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

³⁵ Comunidad del Caribe.

la exportación de manufacturas. Aranceles por un lado y subsidios por el otro, fuimos los primeros, y lo subrayo porque se nos acusó de ser responsables de la sustitución de importaciones y de oponernos a las exportaciones. Este no era el caso.

Los países latinoamericanos aprovecharon los años de bonanza. Algunos con mucho éxito, siguiendo una política muy inteligente (como el Brasil) y un programa coherente. Argentina también comenzó, pero ocurrió entonces el desastre de la baja de los derechos de importación en la creencia de que los demás países harían lo mismo y liberalizaríamos el comercio mundial. Una sobrevaluación de la moneda y bastante dinero para pagar las importaciones de manufacturas destruyeron gran parte de la industria en la Argentina y, por ende, las exportaciones que habían comenzado en este país. Ahora tenemos que reconstruir todo. La falta de coherencia, David, fue el pecado principal. Y las ideas equivocadas. Hago el paralelo entre Brasil y la Argentina. Tenemos que aprender del pasado, no podemos repetir ideas que concebimos hace 25 años. Yo personalmente creía en el concepto neoclásico del libre comercio (“Aseguremos una creciente zona de libre intercambio en América Latina. Demos tiempo a la industria a adaptarse a la rebaja de aranceles. Démosle el tiempo necesario”). A la luz de la experiencia he visto que estaba equivocado. Veamos cuál es el verdadero problema. Es el déficit que registramos con los centros, por razones muy conocidas. A éste hay que agregarle las importaciones de petróleo. Concentrémonos en la sustitución de las importaciones de esos bienes responsables de nuestros déficit con los centros (en la medida en que no podemos exportar en cantidad suficiente para pagar esas importaciones).

D.P. ¿Importaciones de bienes de capital y productos intermedios?

R.P. Sí. Y de los nuevos bienes producidos por la tecnología, todos esos artefactos que tanto le entusiasman. Y ocurre que esos bienes en general necesitan mercados más amplios. Es decir, nuestra antigua idea; ésta es la parte positiva de nuestro mensaje de hace veinticinco años. No el resto. ¿Pero qué enseñanza deriva de esta experiencia? Países como Brasil, Argentina y México (y no muchos otros) que están en condiciones de exportar bienes de capital, pero no a los precios internacionales, según sus propios programas, podrían hacerlo aplicando un sistema de preferencias comerciales concedidas por los otros países. Digamos que Uruguay y Ecuador dieran preferencias a Brasil, Argentina y México. Y ¿quién paga el costo? El costo

lo pagan Uruguay y Ecuador. ¿Por qué lo pagarían? La idea era que estarían en condiciones de exportar manufacturas u otros productos a Brasil, Argentina y México, recibiendo preferencias de ellos. Eso puede suceder. Tengo ahora la idea siguiente: los países interesados en exportar deben conceder un subsidio, sujeto a reglas preestablecidas, a fin de ofrecer precios equivalentes a los internacionales. De esta manera los países menos desarrollados de la región tendrían un aliciente para importar sus productos. Aun así, se crearía un superávit a favor de los grandes mercados. Parte de ese superávit debería ir a un fondo [creado por Argentina, Brasil y México], que se aplicaría al establecimiento y desarrollo de industrias que pudieran exportar a precios competitivos, con subsidios si fuera necesario. [Este sistema no exigiría] de Brasil la plena apertura de sus mercados sino a precios competitivos con los precios internos. No habría competencia despiadada.

D.P. Si se creara este Fondo y Brasil tuviera un superávit de exportación y fuera a conceder parte del Fondo a Uruguay (para producir bienes industriales que Brasil quería importar), ¿quiénes serían dueños de la industria en Uruguay, los brasileños o los uruguayos?

R.P. Ambos. Me gustaría ver a Brasil, Argentina y Uruguay trabajando juntos. No sólo para desarrollar sus industrias sino para exportar. De ser así, si establecieran una planta en Brasil, otra se establecería en la Argentina. Se dividirían el trabajo. En Brasil para un tipo de bienes de capital; en la Argentina para otro tipo. Pero formando una misma empresa, si fuera posible. Para conciliar los intereses.

D.P. Tiene sentido para Brasil y Argentina. ¿Pero tiene sentido para Uruguay y Ecuador?

R.P. Recibirán importaciones a precios internacionales o cercanos a esos precios y al mismo tiempo contarán con recursos para desarrollar sus propias industrias.

D.P. ¿De este nuevo fondo?

R.P. Sí. Y si contribuyeran al Fondo en cantidad equivalente el Banco Interamericano y el Banco Mundial —si reconocieran la necesidad de la sustitución de importaciones sobre bases más amplias—, la solución sería perfecta.

D.P. Lo que usted realmente propone es un sistema como el de la ALALC o el Mercado Común Cen-

troamericano, pero que pudiera establecerse a nivel de dos países o más. Podría resultar práctico.

R.P. Así es, teniendo además la ventaja de que, al presente, según el nuevo sistema ALADI,³⁶ el Brasil [pongamos por caso] obtiene del Uruguay una preferencia y le da a éste una concesión. Entonces llega México y dice: “Estoy dispuesto a dar una concesión al Uruguay; denme a mí una preferencia similar a la del Brasil”. El Brasil puede decir: “Pero le di esa concesión basándome en tener esta ventaja. Ahora renegociemos”. Por el contrario, con este sistema, queda abierto. Brasil recibe un subsidio por la exportación de maquinaria a cualquier país latinoamericano que entre al sistema. Si México o Argentina quieren exportar el

mismo producto, está bien. Hay más competencia. Todos ellos tendrán que contribuir al fondo y seguir ciertas reglas. Los subsidios no se darán en condiciones irracionales. Habría que establecer algunas reglas. No es fácil. Tendríamos que abandonar las preferencias.

D.P. ¿Abandonar el Sistema General de Preferencias?³⁷

R.P. No, se trataría de preferencias dentro de la zona. Este punto merece una consideración cuidadosa. Puedo equivocarme —acepto esa posibilidad—, pero puedo tener razón.

(Traducido del inglés)

³⁶ Asociación Latinoamericana de Integración.

³⁷ Establecido por la UNCTAD bajo la dirección de Prebisch.